

Diócesis de Barbastro-Monzón

«Dios creó al hombre para la vida»

(Sab 2, 23)

¡Gracias a la vida, que me ha dado tanto!

*«Te doy gracias porque, cuando me iba formando
en lo oculto, tus ojos veían mi embrión»*

(Sal 139, 14-16)

1

Primera Semana de Cuaresma

¡Gracias a la vida!

Comenzamos cantando y orando

Iniciamos la oración escuchando la canción de Violeta Parra "¡Gracias a la vida...!" (Hay versiones de Mercedes Sosa, Joan Baez, etc.)

Gracias a la vida, que me ha dado tanto.
Me dio dos luceros que, cuando los abro,
perfecto distingo lo negro y lo blanco,
y en el alto cielo, su fondo estrellado,
y en las multitudes al hombre que yo amo.

Gracias a la vida, que me ha dado tanto.
Me ha dado el sonido y el abecedario,
con él las palabras que pienso y declaro:
madre, amigo, hermano, y luz alumbrando
la ruta del alma del que estoy amando.

Gracias a la vida, que me ha dado tanto.
Me ha dado el oído y en todo su ancho
braman noche y día ríos y canarios,
martillos, turbinas, ladridos, chubascos,
y la voz tan tierna de mi bien amado.

Gracias a la vida, que me ha dado tanto.
Me ha dado la marcha de mis pies cansados,
con ellos anduve senderos y charcos,
playas y desiertos, montañas y llanos,
y la casa tuya, tu calle, tu patio.

Gracias a la vida, que me ha dado tanto.
Me ha dado la dicha, me ha dado el llanto,
así yo distingo dicha de quebranto.

¡Gracias a la vida!

Los dos materiales que forman mi canto
y el canto de ustedes, que es mi propio canto.

Gracias a la vida, que me ha dado tanto...

Seguro que el autor del libro bíblico de la Sabiduría se hubiera sentido feliz con la canción de Violeta Parra que acabamos de escuchar. Este autor, inspirado por el Espíritu de Dios para sostener la fe de los israelitas que vivían en Alejandría, hubiera repetido, como nosotros, esas consoladoras palabras ¡gracias a la vida, que me ha dado tanto...!, mientras repasaba cada uno de los dones de Dios que nos hacen ser lo que somos. Basta con leer las primeras páginas de su libro para captar el amor y admiración que él también sentía por la vida:

«Dios no hizo la muerte ni goza destruyendo a los vivientes.
Todo lo creó para que subsistiera;
las criaturas del mundo son saludables:
no hay en ellas veneno de muerte
ni el abismo impera en la tierra.

(...)

Dios creó al hombre para la vida
y lo hizo imagen de su propio ser;
pero la muerte entró en el mundo por la envidia del diablo
y los de su partido pasarán por ella.»

(Sab. 1, 13-14. 2, 23-24)

El mejor regalo que nos han hecho

La vida es el mejor regalo que hemos recibido. Esto, que parece evidente, a veces ha de ser recordado, porque siempre hay gen-

¡Gracias a la vida!

tes que miran la vida con pesimismo, la desprecian y hasta se empeñan en destruirla. Es sorprendente el parecido de las opiniones que circulaban por los ambientes cultos de Grecia y Roma poco antes del nacimiento de Jesús con las actitudes que ahora algunos tienen hacia la vida. El autor del libro de la Sabiduría recoge frases que entonces se oían por Alejandría y ¡cómo se parecen a las que ahora escuchamos en nuestra propia tierra: «La vida es corta y triste. (...) Nacimos casualmente y luego pasaremos como quien no existió. (...) Nuestra vida es el paso de una sombra, y nuestro fin, irreversible. ¡Venga, a disfrutar de los bienes presentes; a llenarnos del mejor vino y de perfumes; que no quede pradera sin probar nuestra orgía; dejemos en todas partes recuerdos de nuestra alegría, porque ésta es nuestra suerte y nuestro sino...!» (Sab 2, 6-9).

A pesar de tan aparatosa alegría, esta postura resulta ser bastante negativa. Como la vida proporciona más disgustos que satisfacciones; como es fugaz y frágil..., ¡aprovechemos el momento presente sin hacernos más preguntas! De ahí a reaccionar con agresividad e incluso a destruir la vida –propia o ajena– cuando se vuelve molesta, sólo hay un paso. Nuestro autor lo certifica conservando unas expresiones muy duras que se oían por los barrios de su ciudad: «Atropellemos al justo que es pobre, no nos apiademos de la viuda ni respetemos las canas venerables del anciano; que la norma del derecho sea nuestra fuerza, pues lo débil –es claro– no sirve para nada» (Sab 2, 10-11).

Más de veinte siglos han pasado desde entonces y parece que estemos viendo una secuencia de cualquier película actual u oyendo lo que muchos días cuentan los telediarios. ¿Qué está pasando? Pues que, hoy como entonces, hay quien ha dejado de percibir la vida como un regalo y no es capaz de exclamar cada mañana ¡gracias a la vida, que me ha dado tanto...!

¡Gracias a la vida!

Sin embargo, la primera reacción razonable ante el milagro de la vida es decir ¡gracias! Durante esta Cuaresma nos proponemos ejercitar la gratitud por el regalo de la vida que estrenamos cada mañana; queremos apostar por una «cultura de la vida» con la que superar la «cultura de la muerte», que tanto ruido hace muchas veces. Gracias a Dios nos sentimos capaces de rezar con convicción:

¡Nacidos de la luz!, ¡hijos del día!
Vamos hacia el Señor de la mañana;
su claridad disipa nuestras sombras
y llena el corazón de regocijo.

Que nuestro Dios, el Padre de la gloria,
limpie la oscuridad de nuestros ojos
y nos revele, al fin, cuál es la herencia
que nos legó en el Hijo Primogénito.

¡Honor y gloria a Dios, Padre celeste,
por medio de su Hijo Jesucristo
y el don de toda luz, el Santo Espíritu,
que vive por los siglos de los siglos! Amén.

El secreto de la felicidad

En contra de lo que propaga machaconamente la publicidad a todas horas, el secreto de la felicidad no está en tener más o menos cosas, dinero, fama, placeres, ni siquiera salud; sino en saber que existimos y en apreciar lo que somos. En el salmo 139 leemos unas palabras sabias que han brotado de un corazón creyente: «*Te doy gracias, porque cuando me iba formando en lo oculto, tus ojos veían mi embrión*». A la madre del salmista no pudieron hacerle ninguna eco-

¡Gracias a la vida!

grafía durante su gestación, porque todavía no se había inventado el ecógrafo. Por lo tanto, el salmista no hablaba de su madre, sino de Dios. Sabía que quien le miraba con cariño, cuando sólo era un embrión desarrollándose en el seno de su madre, era el mismo Yahvé, que tiene ojos y corazón de padre y de madre, como Él mismo dijo por el profeta Isaías: «¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del hijo de sus entrañas? Pues aunque éstas llegasen a olvidar, yo no te olvido» (Is 49, 15).

Saberse contemplado por Dios da seguridad y alegría. Lejos de cualquier preocupación o miedo, la mirada de Dios apacigua y da serenidad a quien se entrega confiadamente en sus manos. Así lo reconoce este salmista orante y nosotros con él:

Señor, tú me sondeas y me conoces;
me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.

Tanto saber me sobrepasa,
es sublime, y no lo abarco.
Tú has creado mis entrañas,
me has tejido en el seno materno.

Te doy gracias,
porque me has escogido portentosamente.
¡Qué incomparables encuentro tus designios,
Dios mío, qué inmenso es su conjunto!

(Salmos 139).

Comparadas con el milagro de existir, ¿qué valor tienen las cosas que tanto nos atraen? «No lo he visto quejarse», decía un tes-

¡Gracias a la vida!

tigo de su amigo que tenía cáncer. «He perdido la cuenta de sus operaciones; ha tomado medicinas con efectos secundarios muy molestos; se ha pasado largas temporadas en el hospital..., pero todavía no lo he visto quejarse. Es más, sus cartas y llamadas telefónicas están tan llenas de gozo que, si no supiera lo que le pasa, no sospecharía que algo anda mal». ¿Cómo lograba mantener la paz y el gozo en medio de la enfermedad? La respuesta la daba el mismo testigo cuando reconocía: «Mi amigo es la prueba viviente de lo que es la fe de verdad. Como escribió el apóstol Pablo, mi amigo dice: “*Sé vivir en escasez y abundancia. Estoy iniciado en la saciedad y el ayuno. Todo lo puedo con el que me da fuerzas*”» (Fil 4, 12-13).

Este hombre había descubierto la fuente del gozo, algo elemental y, a la vez, sublime. Del gozo se ha dicho que es una de las pruebas más contundentes de que el Dios de la Biblia existe. «La próxima vez que tengas una conversación con alguien que piensa que estamos aquí por un accidente de la evolución, pregúntale cómo puede explicar el “gozo” sin un Dios amoroso», recomendaba un escritor a sus lectores. Claro está que hablaba del “gozo”, no de las cuatro risas que se echan a tontas y a locas tantas veces.

La vida no depende de los bienes

Jesús nos ha abierto el secreto de la felicidad. En cierta ocasión, uno de la multitud quiso hacerle mediar entre él y un hermano suyo a propósito de un asunto de herencias: «Maestro, di a mi hermano que reparta conmigo la herencia». Jesús no quiso aceptar un encargo tan envenenado; ya se sabe lo difícil que es hacer entrar en razón cuando hay dinero por medio. Y aprovechó para ofrecer a unos y a otros una enseñanza sustancial. Después de hacer caer

en la cuenta a su interlocutor de que el Padre no le había enviado a repartir herencias —«Hombre, ¿quién me ha nombrado juez o árbitro entre vosotros?»— rápidamente soltó una advertencia ilustrada con un cuento o parábola muy expresiva.

Primero advirtió a todos: «¡Atención!, guardaos de cualquier codicia, que, por más rico que uno sea, la vida no depende de los bienes». Y para que vieran con claridad que la vida no depende de los bienes, les propuso esta parábola:

«Las tierras de un hombre dieron una gran cosecha. Él se dijo: ¿Qué haré, que no tengo dónde meter toda la cosecha? Y dijo: Haré lo siguiente: derribaré los graneros y construiré otros mayores en los cuales meteré mi trigo y mis posesiones. Después me diré: querido, tienes acumulados muchos bienes para muchos años; descansa, come y bebe, disfruta. Pero Dios le dijo: ¡Necio!, esta noche te reclamarán la vida. Lo que has preparado ¿para quién será?» (*Lc 12, 31-34*).

El impacto de esta sencilla historia fue fulminante, porque es real como la vida misma. Cuando aún no se habían repuesto, añadió «Pues lo mismo es el que acumula para sí y no es rico para Dios». Pero éstas no son palabras de amenaza, sino palabras saludables. Jesús no dijo: pues lo mismo le *ocurrirá* al que...; sino lo mismo *es* el que...: ¡es un necio! Y después de advertir sobre la necedad de identificar la vida con el *tener*, abre a sus discípulos el secreto de la felicidad: «No andéis angustiados por la comida para conservar la vida o por el vestido para cubrir el cuerpo. La vida vale más que el sustento y el cuerpo más que el vestido. Observad los cuervos: no siembran ni cosechan, no tienen silos ni despensas y Dios los sustenta. Cuánto más valéis vosotros que las aves». Que nadie piense que Jesús anima a estar ociosos; lo que dice es que no andemos angustiados. Por eso añade: «¿Quién de vosotros puede,

a fuerza de cavilar, prolongar un tanto la vida?» y traza una línea divisoria entre los que tienen a Dios por Padre y los que sólo se tienen a ellos mismos: «Todo eso son cosas que busca la gente del mundo. En cuanto a vosotros, vuestro Padre sabe que os hacen falta. Basta que busquéis el reinado de él y lo demás os lo darán por añadidura» (*Lc 12, 22-34*). El secreto de la felicidad, según Jesús de Nazaret, está en mantener activa una confianza indestructible en la fidelidad de Dios.

El mismo Dios que nos ha llamado a la vida y ha contemplado cómo nuestro embrión se iba desarrollando, nos ha entregado a su propio Hijo; ¿cómo no nos dará con él todo lo que de verdad necesitamos? Pablo, el perseguidor implacable convertido en apóstol, lo captó con absoluta claridad: «Estoy seguro —escribió a los cristianos de Roma— de que nada, ni muerte, ni vida ni ángeles, ni cualquier otra suerte de fuerzas sobrehumanas, ni criatura alguna existente... podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús Señor nuestro» (*Rom 8, 38-39*). Así que pocas cosas mejor podemos hacer cada día que agradecer el milagro de vivir; una vida que, a pesar de toda su fragilidad, tiene vocación de ser eterna. He aquí unas hermosas palabras para decir ¡gracias a la vida! cada mañana:

Buenos días, Señor, a ti el primero
encuentra la mirada
del corazón, apenas nace el día:
tú eres la luz y el sol de mi jornada.

Buenos días, Señor, contigo quiero
andar por la vereda:
tú, mi camino, mi verdad, mi vida;
tú, la esperanza firme que me queda.

¡Gracias a la vida!

Buenos días, Señor, a ti te busco,
levanto a ti las manos
y el corazón, al despertar la aurora:
quiero encontrarte siempre
en mis hermanos.

Buenos días, Señor, resucitado,
que traes la alegría
al corazón que va por tus caminos,
¡vencedor de tu muerte y de la mía!

(Liturgia de las Horas).

Sugerencias para esta semana

- ❖ Vuelve a leer las reflexiones de esta semana y subraya las que más te gustan o te parecen más útiles espiritualmente hablando.
- ❖ Haz el propósito de dar gracias a Dios todos los días por el don de la vida. ¿Cuándo voy a hacerlo? ¿Con qué oración?

[Si es posible, comparte tus reflexiones con otros cristianos en grupo]

¡Gracias a la vida!

Guía para orar durante la Cuaresma

¿Cómo rezar con la Palabra de Dios?

1. Antes de empezar a leer, invoca al Espíritu Santo para que te ayude a comprender.
2. Lee despacio y con atención un trozo del texto indicado (Evangelio según san Juan).
3. Una vez leído, recuerda por ti mismo el texto, durante unos momentos, como tratando de hacerlo tuyo.
4. Piensa: ¿este texto ilumina algo de lo que pasa en mi vida?
5. Puedes volver a leer el texto y habla con Dios sobre lo que te vaya sugiriendo.
6. Para terminar, utiliza las *Palabras para orar* indicadas para cada semana y rézalas solo o, si te es posible, con otros miembros de tu familia.

Para la primera semana de Cuaresma Del 21 al 27 de febrero

La vida es don y tarea

Nosotros no somos la causa última de nuestra vida. No nos debemos a nosotros mismos la cantidad de vida que nos ha sido asignada. Ante la vida en general, y ante nuestra propia vida, sólo cabe la gratitud por el don recibido gratuitamente.

Pero este don se nos ha entregado como un “quehacer”: debemos llenar la vida de sentido y de significado. Somos responsables de nuestra vida y debemos ayudar a vivir a los demás.

¡Gracias a la vida!

Lecturas de la Palabra de Dios:

- Domingo, 21 de febrero: Lucas 4, 1-13
- Lunes, 22 de febrero: Mateo 25, 31-46
- Martes, 23 de febrero: Mateo 6, 7-15
- Miércoles, 24 de febrero: Lucas 11, 29-32
- Jueves, 25 de febrero: Mateo 7, 7-12
- Viernes, 26 de febrero: Mateo 5, 20-26
- Sábado, 27 de febrero: Mateo 5, 43-48

Palabras para orar

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?

¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí!; ¡qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!

¡Cuántas veces el ángel me decía:
“Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfía”!

¡Y cuántas, hermosura soberana:
“Mañana le abriremos”, respondía,
para lo mismo responder mañana.

(Lope de Vega)